

ESCRIBIR ESCUCHANDO. LA CRÓNICA DE AYOTZINAPA DE JOHN GIBLER

WRITING WHILE LISTENING. THE CHRONICLE OF AYOTZINAPA BY JOHN GIBLER

SAM LAW
UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN
sam.law@utexas.edu

GABRIELA POLIT DUEÑAS
UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN
gabriela@austin.utexas.edu

Recibido: 7 de julio de 2020

Aceptado: 18 de noviembre de 2020

Resumen

El artículo analiza el libro *Fue el estado. Los ataques contra los normalistas de Ayotzinapa. Una historia oral de la infamia*, en el que John Gibler, periodista estadounidense radicado en México, describe los eventos que llevaron al asesinato y desaparición de los estudiantes de la Normal de Ayotzinapa la noche del 26 de septiembre del 2014. Gibler propone el libro como el producto de un escribir escuchando y con esto nos invita a pensar en la búsqueda ética que implica escribir a cerca del sufrimiento de los otros. Analizamos esta narrativa polifónica a la luz de las ideas de Adriana Cavarero sobre la voz como elemento que identifica a los sujetos. Exploramos la importancia de la escucha como el acto que define la ética de la vulnerabilidad compartida, como propone Cavarero.

Palabras clave: violencia estatal, México, crónica, víctimas, escritura, ética

Abstract

This article analyzes *Fue el estado. Los ataques contra los normalistas de Ayotzinapa. Una historia oral de la infamia*, the book in which John Gibler, a US journalist based in Mexico, describes the events that led to the killing and disappearance of the students of Ayotzinapa, on September 26, 2014. Gibler delivers a polyphonic story told by the survivors of the infamous night and proposes to think about his writing as an act of listening. With that affirmation, he invites us to think about the ethical quest implied in writing about the pain of others. We examine this narrative under the light of Adriana Cavarero's theoretical approach to *voice* as the trait that defines the subject, and explore the importance of listening as the image that represents the ethics of a shared vulnerability, as Cavarero suggests.

Keywords: state violence, Mexico, chronicle, victims, writing, ethics

Los crueles eventos de la noche del 26 de septiembre de 2014, fueron objeto de severas discusiones públicas en las que las autoridades trataron de imponer su versión de lo ocurrido a través de numerosas intervenciones públicas y repetidas ruedas de prensa. Con ello, no solo buscaron obstruir las investigaciones sobre lo ocurrido sino, sobre todo, querían silenciar las voces de los sobrevivientes y de las víctimas. *Fue el Estado. Los ataques contra los normalistas de Ayotzinapa. Una historia oral de la infamia*,¹ es la crónica en la que John Gibler presenta la versión de los hechos narrada por sobrevivientes y víctimas de los hechos violentos y propone pensar la escritura como un acto de escucha.

Este ensayo es una reflexión de la propuesta de Gibler de “escribir escuchando”, que consiste en narrar los hechos tal y como la cuentan víctimas y sobrevivientes. Su abordaje permite pensar en la escucha, en la vulnerabilidad compartida y en la demanda ética que implica escribir acerca del sufrimiento del otro. El nuestro es un aporte a la reflexión en torno a las crónicas contemporáneas acerca del sufrimiento en América Latina.

Para fundamentar nuestra lectura, proponemos pensar el libro de Gibler en varios niveles. En un nivel, ubicamos esta crónica de largo aliento en el contexto político en el que se publica, considerando las disputas por la versión oficial de los eventos. Describimos las condiciones materiales en las que Gibler escribe, es decir, mencionamos las formas de publicación y distribución de su trabajo, así como el lugar que ocupa Gibler en el campo de producción local. El artículo incluye entrevistas que uno de los autores llevó a cabo de manera informal con el autor en tres ocasiones y lugares distintos.² Además de “contextualizar radicalmente” (para usar el término bourdiano)³ el trabajo de Gibler, nos referiremos a las reflexiones del propio autor en torno a la escritura, tal y como aparecen en la versión de la crónica en inglés, *I Couldn't Even Imagine That They Would Kill Us: An Oral History of the Attacks Against the Students of Ayotzinapa*, así como en otros libros de su autoría.

En otro nivel, rastreamos la genealogía de esta crónica hecha de testimonios, tanto en la historia del género en el contexto mexicano, como en la historia política de los movimientos estudiantiles en el país. Por último, proponemos que el “escribir escuchando” que plantea Gibler, muestra que la crónica que documenta el sufrimiento del otro funciona como uno de los paradigmas éticos de la vulnerabilidad compartida. Por lo tanto, es una contribución efectiva al debate político y a la búsqueda de justicia.

¹ El libro en español se publicó con Pepitas de calabaza en 2016. Una versión gratuita está en internet en la página de Tinta Limón con el título, *Una historia oral de la infamia. Los ataques contra los normalistas de Ayotzinapa*. La versión en inglés se llama *I Couldn't Even Imagine That They Would Kill Us: An Oral History of the Attacks Against the Students of Ayotzinapa* y la publicó la editorial City Lights, en 2017.

² La primera entrevista fue en marzo de 2015 en Ciudad de México, la segunda en Austin, en el verano del 2019 y la última en junio del 2020, vía Zoom.

³ Una contextualización radical consiste en leer el texto no solo en su inmanencia, sino en las condiciones materiales de su posibilidad, entendiendo la dinámica del campo en el que se produce y el lugar de su narrador dentro de dicho campo. Para una perspectiva más amplia sobre la contextualización radical, ver *Pascalian Meditations* de Pierre Bourdieu.

El reportaje y la crónica

El 4 de enero de 2015, *The California Sunday Magazine* publica la crónica “The Disappeared” (“Los desaparecidos”) en la que John Gibler cuenta los sucesos que acaecieron en Iguala:

La noche del 26 de septiembre de 2014, en la ciudad de Iguala, a 125 km, [de la Escuela Normal de Ayotzinapa] policías uniformados emboscaron cinco autobuses de estudiantes de la normal y otro que llevaba a un equipo de fútbol profesional. Junto con tres sicarios no identificados, dispararon y mataron a seis personas, hirieron a más de veinte, y “desaparecieron” a 43 normalistas. El cuerpo de una de las víctimas fue hallado en un campo a la mañana siguiente. Los asesinos le habían quitado el rostro. Los soldados del 27° Batallón de Infantería, cuyo cuartel está a menos de tres kilómetros y que tienen la misión de combatir el crimen organizado, no intervinieron. (s.p.)

Los eventos de Iguala mostraron el altísimo nivel de organización del estado mexicano para ejercer la crueldad. En un par de horas, como dice el periodista, diferentes grupos armados, estatales y paraestatales, asesinaron a 6 personas, hirieron a más de veinte y desaparecieron a 43 estudiantes. En los días y meses que siguieron, además, se evidenció la estructura operativa para borrar todas las pruebas de lo sucedido; la burocracia estatal negó los hechos sistemática y metódicamente. La reacción de los mexicanos ante los eventos de esa noche –y los esfuerzos de las autoridades por negarlos– fue dramática. Hubo manifestaciones, se quemaron oficinas públicas y la gente en todo el país salió a protestar. En las redes sociales, el mundo entero condenó al gobierno mexicano por su crueldad e ineficiencia para resolver el caso.

En este, su primer reportaje de Ayotzinapa, Gibler escribe en un clásico estilo periodístico y advierte a los lectores que la historia se basa en entrevistas con catorce de los estudiantes sobrevivientes. Al explicar las protestas, en una de nuestras entrevistas Gibler dice, “Los mexicanos hablan de Iguala como sinónimo de trauma colectivo” (Entrevista 2015). Aclara que, resulta difícil demostrar lo que causó la reacción de los mexicanos, ya que el horror de esa noche no fue el primero que vivía el país, tampoco la magnitud de la violencia, ni siquiera el número de víctimas superaba las muertes en masacres anteriores. Según Gibler, la respuesta a lo de Ayotzinapa pudo haber sido la suma de motivos. La gente estaba saturada de la violencia que se vivía (y se vive) en el país. Ese año, el gobierno de Peña Nieto había dado señales de que las cosas podían cambiar. Lo de Ayotzinapa fue una regresión que, además, puso en el centro de la escena la humildad y juventud de las víctimas, la obvia complicidad de las autoridades, y el poder de las redes sociales a través de las que los mismos estudiantes comunicaron lo que les estaba sucediendo, (etc.).⁴ Lo cierto es que, en esos primeros días que siguieron la noche nefasta, el patio de la escuela normal se había convertido en una enorme sala de

⁴ Para un análisis del impacto de las redes y la movilización por lo de Ayotzinapa ver Dominguez Galbraith (2019).

espera. Así describe Gibler en su crónica “Los desaparecidos”: “Bajo el alto techo de lámina corrugada de la cancha, los familiares de los 43 estudiantes desaparecidos se reunían a enfrentar las horas entre las expediciones de búsqueda, las protestas y las reuniones con funcionarios del gobierno, trabajadores de derechos humanos, y antropólogos forenses” (s.p).

En este escenario en el que el estado mexicano ejercía el poder, ya no el de las armas, sino el de someter a la espera a las familias afectadas –la población más vulnerable–, Gibler se dedica a entrevistar a los sobrevivientes. Un año más tarde publica su crónica de largo aliento, *Fue el Estado. Los ataques contra los normalistas de Ayotzinapa. Una historia oral de la infamia*. En este libro, el periodista toma otro rumbo para dar forma a la narrativa: la historia la cuentan los estudiantes que estuvieron en las calles de Iguala aquella noche. La presencia del cronista se disuelve y los lectores nos quedamos de bruces frente al horror, sin más herramienta para entender los hechos que la voz de cada uno de los jóvenes sobrevivientes y algunos padres y madres de las víctimas.

El libro de Gibler da una de las versiones más contundentes sobre lo que sucedió la noche del 26 de septiembre. Sus investigaciones han servido como fundamento para los reclamos legales por parte de organizaciones de derechos humanos (Equipo Argentino de Antropología Forense, EAAF; Grupo de Expertos Independientes, GEI), son también la base de intervenciones artísticas (Arquitectura Forense, el documental *Vivos* del artista chino Ai Wei Wei y su muestra *Reestablishing Memories*, exhibida en el MUAC). Sobre todo, es la historia en la que se reconocen los sobrevivientes y los familiares de las víctimas.

Para comenzar su libro, Gibler elige como epígrafe esta frase de Michel-Rolph Trouillot: “¿Cómo se puede escribir una historia de lo imposible?”. En la exploración de ese “cómo” de la pregunta de Trouillot, rastreamos el proceso por el cual Gibler escribe la historia de esta infamia, entendiendo el contexto del autor y de su encuentro con las víctimas. Más que una reflexión sobre el reto de narrar el trauma, e inclusive de reconstruir el horror de los hechos mismos –búsquedas incuestionablemente legítimas– nos interesa comprender las condiciones materiales de la escritura de la crónica, su proceso físico, por así decirlo.

La verdad histórica

Durante las semanas y los meses que siguieron el asesinato y la desaparición de los estudiantes de Ayotzinapa, las autoridades produjeron una versión de los eventos y la defendieron refiriéndose a ella como “verdad histórica”.⁵ El uso de esta expresión no era casual. Durante décadas, la verdad histórica ha sido una de las demandas primordiales del movimiento que surgió después de la masacre de Tlatelolco de 1968 y de las desapariciones forzadas de la década siguiente. La verdad histórica se vincula, además, a una larga historia de violencia en la que la

⁵ Verdad histórica fue el término acuñado por Tomás Zerón de Lucio, entonces Director de la Agencia de Investigación Criminal (ahora prófugo de la INTERPOL), y difundida por Jesús Murillo Karam entonces Procurador General de la República. Ver “¿Qué es la ‘verdad histórica’ de Murillo Karam y el caso Ayotzinapa?”. *El Universal*, 30 jun. 2020. <https://www.eluniversal.com.mx/nacion/politica/que-es-la-verdad-historica-del-caso-ayotzinapa>.

figura del estudiante es la víctima principal. En años más recientes, el presidente Vicente Fox también habló de la verdad histórica y prometió dar una versión oficial de lo que sucedió la noche de la Masacre de Tlatelolco, del 2 de octubre de 1968.⁶ Por ese motivo, si en un principio era raro el uso de la palabra “histórica” para referirse a la narrativa acerca de los eventos de Iguala, ya que se estaba hablando de un evento del presente, la estrategia respondía a una política premeditada en la que había mucho en juego. Hay que entender que las luchas por dominar una narrativa hegemónica del presente, responde a necesidades políticas. Como afirma la crítica Lauren Berlant:

Discussions about the contours and contents of the shared historical present are therefore always profoundly political ones, insofar as they are about what forces should be considered responsible and what crises urgent in our adjudication of survival strategies and conceptions of a better life than what the metric of survival can supply. Focus on the present isn't invariably shallow presentism, or “the narcissism of the now,” therefore— but even when it is, it involves anxiety about how to assess various knowledges and intuitions about what's happening and how to eke out a sense of what follows from *those* assessments. (4)

Las ideas de Berlant ayudan a entender que las autoridades mexicanas buscaban apropiarse de las luchas del pasado para, de manera estratégica, silenciar las verdades del presente. Mientras manipulaban las pruebas para crear su propia narrativa de los eventos de septiembre, se hacía cada vez más evidente que el Estado no solo no tenía interés en sancionar a los culpables, sino que había incluso cierta hostilidad hacia quienes buscaban pruebas que condujeran a la implementación de la justicia. En su narrativa “definitiva” sobre los eventos, ellos culparon a las víctimas de tener contactos con el narco y transformaron un acto calculado de represión estatal en otra instancia de confusión y horror de la narcoviolencia. Redujeron los hechos a un ajuste de cuentas. Esta fue la manera de borrar el presente y neutralizar el pasado. Así se evitaba registrar la violencia contra los estudiantes como una política estatal constante y se presentaban los hechos como serie de eventos violentos aislados. En palabras de Pierre Bourdieu, esto sería un proceso de oficialización del discurso. “Officialization is the process whereby the group (or those who dominate it) teaches itself and masks from itself its own truth, binds itself by a public profession which sanctions and imposes what it utters, tacitly denying the limits of the thinkable and the unthinkable and so contributing to the maintenance of the social order from which it derives its power” (*Logic* 108).⁷ Circular la idea de que esto era parte de la guerra contra las drogas,

⁶ Ver Juan Jesús Aznárez. “Fox promete abrir los archivos de la matanza de Tlatelolco”. *El País*, 2 oct. 2020. https://elpais.com/diario/2000/10/03/internacional/970524018_850215.html

⁷ En otros trabajos nos hemos enfocado en la disputa de tres campos de producción, el político, el de las ciencias sociales y el periodístico, por controlar las versiones oficiales de lo real. (Ver Adriana Pacheco Roldán. “La soledad de la cronista. El trabajo de Marcela Turati”, *Para seguir rompiendo con la palabra. Escritoras y escena literaria en México contemporáneo*. Literal-EON, 2021).

fue una manera efectiva de confundir a la sociedad y sobre todo, a quienes luchaban por búsqueda de la verdad y la justicia. Mientras el Estado erigía su legitimidad desde la producción de discursos oficiales en los que se reforzaba las condiciones ideológicas que justificaban la represión, los activistas de derechos humanos y los periodistas que cubrían las historias de las víctimas, trabajaban desde la incertidumbre, un elemento indiscutiblemente ligado a toda narrativa del sufrimiento de otro.

Para las organizaciones de derechos humanos, activistas, sobrevivientes y familiares, era fundamental poner en evidencia la mentira elaborada desde el Estado como “verdad oficial”. Por eso, en nuestra conversación con Gibler, volvemos a ese primer momento, cuando el periodista recuerda a todas las personas que esperaban la respuesta del Estado en la cancha de la escuela. Gibler cuenta, “En la confusión que se creó con las varias narrativas que daba el gobierno y la presión con la que trabajaban los grupos de derechos humanos que sabían que tenían que contrarrestar esas mentiras, se olvidaron de los sobrevivientes” (Entrevista 2019, el énfasis es nuestro). Esa confusión es una muestra de la victoria del Estado, porque en la manipulación de los datos, toda aseveración y nuevo hallazgo por parte de periodistas u organizaciones de derechos humanos, entraba en duda, y hacía más difícil llegar a la reconstrucción de los hechos. Al mismo tiempo, ese momento da origen al libro, *Fue el Estado. Los ataques contra los normalistas de Ayotzinapa. Una historia oral de la infamia*.

Los retos del cronista

John Gibler lleva más de veinte años trabajando como periodista independiente (*freelance*) y ha escrito, sobre todo, acerca de México, donde vive desde el 2006. Cuando nos vimos en CDMX en marzo del 2015, ya había publicado la crónica en *The California Sunday Magazine*, pero todavía seguía entrevistando a familiares de las víctimas y a los jóvenes sobrevivientes. Ese proceso empezó el 3 de octubre de 2014, cuando llegó a Chilpancingo. No era su primera vez en esta zona de Guerrero, tampoco en la Normal. Gibler nos contó que había ido a Ayotzinapa la primera vez en el 2000 y después en el 2006. El conocía la zona, donde tiene amigos periodistas. Además, estaba al tanto de la tradición de la escuela y su historia de militancia izquierdista. El 2 de octubre del 2014, Gibler fue a la marcha de conmemoración de la matanza de Tlatelolco en el zócalo de Ciudad de México –la misma marcha a la que los estudiantes de Ayotzinapa querían asistir cuando fueron desaparecidos–. Se dio cuenta de que el Estado, en vez de mandar a las fuerzas de seguridad a reprimir las manifestaciones –como usualmente lo hace–, había cubierto los edificios con planchas de metal y de que la ciudad estaba desierta: “Eso me hizo pensar que algo muy malo estaba pasando, porque cuando el Estado no está presente para reprimir una marcha, es más peligroso” (Gibler, Entrevista 2020). En ese momento, la historia de Ayotzinapa ardía en el país y circulaba en las redes sociales a nivel mundial. Lo menos que quería el gobierno de Enrique Peña Nieto, era que el mundo viera a las autoridades mexicanas en actividades represivas. Había que mantener una imagen limpia.

Encontrar el balance entre la necesidad de contar la historia y no invadir la privacidad de las víctimas para procesar su dolor, así como respetar la dignidad de quien sufre al momento de hacer preguntas, es quizá el mayor dilema que enfrenta una periodista que llega en el momento inmediato después de un hecho violento. Para confrontar este reto, cada periodista cuenta con su experiencia en el campo, con lo que ha aprendido a lo largo de su trayectoria de trabajo y con el apoyo del medio para el que trabaja, si acaso lo tiene.⁸ El balance entre el respeto a la dignidad y la necesidad de contar la historia nunca es algo fácil de resolver. Este es un tema que abordamos en nuestra conversación con Gibler y él nos explicó lo que le sucedió cuando llegó a Iguala: “No sabía como preguntarles a las víctimas sin romperles el corazón... ¿Para qué? Yo no tenía donde publicar la historia, no tenía un plazo para escribir” (Entrevista, 2020). Este reto está pautado por limitaciones muy concretas. En el caso de periodistas que trabajan para medios (radio, televisión o medios impresos), es muy común que este encuentro esté definido por las restricciones de tiempo: aquel con el que se cuenta para acercarse y hablar con las víctimas, y el plazo para producir o escribir la historia.⁹ Como periodista independiente (*freelance*), el dilema de Gibler era el opuesto. El no tenía ninguna de estas presiones. Pero, irónicamente, sintió que sin un plazo ni un lugar donde publicar la historia, tampoco tenía justificación válida para acercarse a las víctimas.¹⁰ Gibler nos dijo que cuando habló con ellos, lo hizo porque se dio cuenta de que, pese a que había mucha gente trabajando en la reconstrucción de los hechos, todavía no había una sola versión a cerca de lo que sucedió en la calle esa noche. O sea, nadie había hablado con las víctimas y los sobrevivientes:

Empecé por el comité estudiantil, les pregunté y les pedí permiso para preguntar... así distinguí a los sobrevivientes de quienes no lo eran. Fuimos a Iguala, vimos las fosas. Yo seguía el repertorio de desvíos que creaba el gobierno y regresaba a la normal y hablaba con los sobrevivientes. Luego el comité organizó una reunión para que todos los padres de los sobrevivientes supieran que mi estadía era legítima, y que el comité me tenía confianza (Gibler, Entrevista, 2020).

⁸ Gibler publicó *Mexico Unconquered: Chronicles of Power and Revolt* (City Lights, 2009). *To Die in Mexico: Dispatches from Inside the Drug War* (City Lights, 2011). Sus reportajes han sido transmitidos/publicados en *Canadian Broadcasting Corporation* y en la edición internacional del *Miami Herald*. Antes de mudarse a México, Gibler trabajó en organizaciones de derechos humanos en México Perú y California. Ha reportado acerca de temas de justicia ambiental en *Public Citizen*, *Terrain Magazine*, *ColorLines*, y la Environmental Justice Coalition for Water, *Journal on Race, Poverty and the Environment* and otros medios independientes. En México cubrió los eventos del Atenco, Oaxaca, la campaña zapatista y la protesta masiva del fraude electoral del 2006.

⁹ Para una reflexión sobre la presión de narrar la violencia y los retos que enfrentan los periodistas, ver Polit Dueñas, *Unwanted Witnesses*.

¹⁰ Es en situaciones como ésta, cuando mejor se entiende la importancia de un análisis que incluya la mirada etnográfica que eche luz sobre la actitud del periodista, su conocimiento del oficio y la concepción de lo que hace.

En esta reunión, Gibler no solo se dio a conocer, sino que también identificó a las víctimas y a los padres de las víctimas. Para completar las entrevistas, Gibler fue a Iguala entre diez y doce veces durante los siguientes meses. En cada viaje, se quedó dos semanas, compartiendo y hablando con la gente. Entrevistó a veinticinco estudiantes. Cuando regresó al cuarto del hotel en el centro de la Ciudad de México, donde vivía desde el 2006, se dio cuenta de que tenía mucho material. También supo que quería contar una historia poderosa. Esa historia solo podía ser la que los jóvenes le habían contado.

En el contexto de esta lucha pujante que el Estado había establecido por dominar la narrativa con respeto a lo que sucedió en Iguala, negando la evidencia y entorpeciendo las investigaciones, la publicación de una historia oral a partir de los testimonios de las víctimas, era un importante desafío. Una vez más, el testimonio, no solo cuestiona la verdad histórica, sino que reafirma su condición de discurso político.

Testimonio

La narrativa de Gibler puede leerse como un testimonio en el sentido “clásico”, según lo definieron George Yúdice y John Beverly (entre otros). Según Yúdice, el testimonio es una narrativa que busca denunciar una situación de opresión o de explotación y establecer una historia oficial (43). Beverly añade que es una historia narrada en primera persona por quien es el/la protagonista de los eventos, y que da cuenta de una experiencia significativa (24-25).¹¹ Ambos teóricos ponen énfasis en el valor político del testimonio, y lo hacen en un momento en el que en los estudios culturales en los Estados Unidos, se debatía entre defender el canon o incluir voces alternativas. La discusión alrededor del testimonio fue un parteaguas en el campo de los estudios culturales y se nutrió de los debates de los años 80 y 90 en torno a la transición a la democracia en la región. Era un momento prometedor en el que se empezaban a escuchar demandas de grupos diversos (indígenas, feministas, LGBT), que estuvieron siempre excluidos de los proyectos nacionales.

La contribución de Elzbieta Sklodowska en el debate acerca del testimonio va un poco más allá. La crítica reflexiona a cerca de la manera en que, al borrar la presencia del periodista/narrador y dejar que la voz del/la protagonista sea la que cuente la historia, el testimonio es un género que crea su propia verosimilitud.¹² Sklodowska no solo reconoce el carácter político de todo testimonio, sino que echa luz sobre el carácter político de los giros y estrategias narrativas del género.

El contexto político en el que Gibler publica su libro es muy distinto al contexto de los años de las décadas previas. Si durante los años de la Guerra Fría los debates denunciaban la violencia estatal y el terrorismo de Estado, en la actualidad las formas de violencia son bastante más ubicuas y los retos de narrarla

¹¹ Para una discusión respecto a la diferencia entre crónica y testimonio, ver Polit Dueñas, *Unwanted Witnesses*.

¹² En la lingüística este recurso se llama veredicción (muy usado en el periodismo). Sklodowska cita a A.J. Greimas en sus reflexiones sobre este recurso.

son otros.¹³ Ayotzinapa es, quizás, un caso emblemático. No solo por los niveles de crueldad y la ubicuidad de la violencia, la lucha por detentar la narrativa hegemónica sino que, además, este evento da cuenta de lo que Derek Summerfield describe como las nuevas guerras endémicas entre distintos grupos al interior de un estado, y cuyas principales víctimas son las poblaciones marginales (10). En el caso del ataque a los estudiantes, estuvieron involucrados miembros de la policía, del ejército y cuerpos especiales, paramilitares, burócratas que actuaron a favor de los intereses privados que, a su vez, eran parte de las fuerzas estatales. A ellos se deben sumar a quienes desviaron las investigaciones y dieron falsos testimonios sobre los sucesos para encubrir a los culpables (aunque sea muy difícil hablar de un solo culpable). Si en las anteriores narrativas testimoniales de violencia se identificaba a los perpetradores con facilidad, en las narrativas de la guerra contra el narco son difíciles de distinguir, ya que la proliferación de actores armados hace que comprender la complejidad del acto violento se vuelva mucho más problemático.¹⁴

Hoy en día, las discusiones relevantes acerca del testimonio no giran alrededor de su legitimidad (o falta de ella) como un género literario, como en los años 80 y 90; ni acerca de la necesaria arbitrariedad de toda escritura (Sklodowska). Las lecturas de testimonios sobre la violencia contemporánea tienen que ver con la posibilidad que tienen estos textos de reapropiarse de la “verdad histórica” y de colaborar en la búsqueda de justicia. En muchos casos, estas narrativas entran en la contienda por detentar la hegemonía del discurso y es por esto que su función como denuncia puede tener costos altísimos. En México, el país más peligroso de la región para ejercer el periodismo, 133 periodistas han sido asesinados desde 2000. Irónicamente, la prensa se volvió más vulnerable durante los años en los que el país entró a un proceso de democratización.¹⁵

En un país con los altos niveles de impunidad, como México, el lugar del periodista que trabaja con testimonios de víctimas y sobrevivientes de actos violentos, es más parecido al de un investigador policial, y la información que recaba puede ser clave para hacer una denuncia ante la justicia. De todos los reportajes que se publicaron acerca de los eventos del 26 de septiembre, el de Gibler de enero del 2015 (“The Disappeared”), fue el primero que mencionó la presencia de un quinto autobús. Aunque la existencia de este autobús no cambia el resultado de lo sucedido, puso en evidencia que los ataques a los estudiantes fueron planeados con mayor coordinación y organización por parte de los perpetradores, y que la operación fue mucho más sofisticada de lo que, en un

¹³ Entre los varios artículos y libros que hablan de esta dificultad, están los trabajos de Adriana Cavarero *Horrorismo*, en el caso mexicano y el narco, ver Rosanna Reguillo y Cristina Rivera Garza.

¹⁴ En *Capitalismo gore*, Sayak Valencia propone ver la violencia como otro objeto de consumo neoliberal.

¹⁵ “Periodistas asesinadas/os en México, en relación con su labor informativa”. *Artículo19.org*, <https://articulo19.org/periodistasasesinados/> Esta cifra no incluye agresiones físicas, amenazas, ni desapariciones forzadas. (En nuestra experiencia, desde que enviamos un ensayo para publicación, hasta que éste se publica, el estado mexicano ya ha asesinado a más periodistas, por lo que se sugiere a la lectora, actualizar la información al momento de leer el artículo). Ver Astorga, *¿Qué querían que hiciera? Inseguridad y delincuencia organizada en el gobierno de Calderón*.

inicio, se pensó, y de lo que pretendía decir el gobierno. El aporte de la investigación periodística sirvió de derrotero y dio datos importantes a quienes trabajan en la búsqueda de justicia.

¿Cómo llegó Gibler a la historia del autobús? Fue Miguel Alcocer quién mencionó el “Estrella de Oro”, el autobús en el que presuntamente desaparecieron sus 43 compañeros: *“Y nadie habla de un autobús del que nunca supimos”* (Fue el estado 173, énfasis nuestro). El testimonio de Alcocer da cuenta de eso que define el trabajo de Gibler: escuchar, en medio de la proliferación de voces, algo de lo que nadie habla. Alcocer abre la puerta al trabajo de Gibler que *escribe escuchando*. Este libro de testimonios tiene que entenderse en el contexto específico en el que se dan los hechos y en el que se disputan las verdades.

Genealogía

Hay trazos evidentes de una genealogía en la narrativa de Gibler. Es imposible leerlo sin escuchar los ecos de *La noche de Tlatelolco*, la obra con la que Elena Poniatowska da cuenta del movimiento estudiantil y la trágica noche del 2 de octubre de 1968 (además de ser uno de los textos fundamentales en las discusiones en torno al testimonio). Al seguir las huellas de Poniatowska, Gibler también hace un guiño muy poderoso que recuerda a los lectores la fuerte historia de violencia contra los estudiantes en México. La escogencia deliberada de esta forma narrativa es, en sí misma, una confrontación directa a esa verdad histórica elaborada desde el Estado, que buscaba vincular a los estudiantes de Ayotzinapa con grupos de narcotraficantes. La importante diferencia entre la narrativa de Gibler y la de Poniatowska, sin embargo, es que Gibler decide incluir solo las voces de los sobrevivientes. La suya no es una crónica que busca incluir las voces de diferentes actores, como sugiere el periodismo clásico.¹⁶ Eso también revela una posición muy clara por parte del cronista, para quien, considerando el nivel de confusión que habían creado las autoridades con respecto a los sucesos de esa noche, era indispensable que las voces de los sobrevivientes sonaran sin ningún ruido de fondo.¹⁷

En nuestras conversaciones con Gibler, el periodista afirmó que Poniatowska fue un referente importante, porque quería que fueran las voces de

¹⁶ Solo hacia el final de la historia aparece un personaje siniestro, que es aliado de los perpetradores. El médico dueño de una clínica privada y que se rehúsa a atender a los estudiantes heridos esa noche.

¹⁷ Una pregunta frecuente entre periodistas que cubren violencia y conflicto, es si deben o no incluir otras voces cuando, como en este caso, se trata de desmentir al gobierno. ¿Es el periodista un activista si no lo hace? En el marco del encuentro “Periodismo y conflicto en América Latina” en el Lozano Long Institute for Latin American Studies, en la Universidad de Texas en Austin, Carlos Fernando Chamorro hizo esa pregunta con candidez. En 2018, los nicaragüenses vivieron eventos de enfrentamiento con el gobierno de Daniel Ortega y experimentaron lo que periodistas de México, El Salvador y Guatemala, han venido experimentando hace mucho tiempo. Mientras mayor la represión del Estado y menor la tolerancia con la prensa, los periodistas tienen que reportar tomando posiciones políticas. Esta realidad va en contra de las reglas con las que aprendieron el oficio y, para muchos, esto genera una situación conflictiva. Rodney Benson ofrece un análisis a cerca de la tensión entre periodismo y derechos humanos en Francia y Estados Unidos, pero el modelo sirve para pensar en el caso de América Latina.

ellos (no la suya), las que contaran la historia. Pero el problema concreto que enfrentó al momento de escribir era que tenía mucho material. La ficción fue su derrotero. Poner esas voces en orden cronológico fue una idea que tomó de Roberto Bolaño: “En *Los detectives salvajes*, Bolaño cuenta la historia de más de veinte años en orden cronológico y eso lo que yo quería hacer” (Gibler, Entrevista 2020). El resultado es que los eventos se cuentan varias veces en orden cronológico, pero a través de diferentes voces, y las narrativas se superponen, lo que hace que la lectura no sea fácil. Pero, sobre todo, el efecto es que la comunidad, los sobrevivientes y las víctimas, reconstruyen el horror y son ellos quienes dejan saber a los lectores (escuchas) cómo arrancaron a sus amigos de la vida que tenían en común, cómo los desaparecieron, cómo los arrancaron de su realidad.

En la versión del libro en inglés, Gibler escribe un prólogo y un comentario a manera de epílogo para dar un contexto histórico a un público menos informado. En estos textos, además, hace una reflexión de su propia escritura:

Before the police attacks in Iguala, inspired by the Zapatista idea of “to lead by obeying” or “*mandar obedeciendo*” and reflecting upon years of reporting on social struggles and state violence, I had begun to ask myself questions like these: “What would it mean to write by listening, to *escribir escuchando*? What form would a writing that listens take? What would a politics of listening entail? I held these questions to myself as I began to work. The book you now hold in your hands is an attempt to write by listening” (*I Couldn’t* 20).

Aquí radica quizá, el aporte teórico más importante de la crónica de Gibler, ya que abre las puertas para pensar el lugar de la crónica contemporánea que describe el sufrimiento de los otros. El cronista, como hemos dicho anteriormente, está en el lugar del investigador y ocupar este lugar en países como México implica correr, cada vez más, mayor peligro. En un sistema judicial corrupto y ante la ausencia de voluntad política por parte de las autoridades para contrarrestar la impunidad, el trabajo de estos cronistas se ha convertido en algo indispensable en la búsqueda de justicia. Al mismo tiempo, el lugar de vulnerabilidad del cronista hace que sea fundamental entender la relación entre éste y los protagonistas de su historia. El vínculo entre ambos es, quizá, la relación de mayor complejidad ética que presenta, no solo la posibilidad de una historia de horror como ésta, sino la de la prensa y las víctimas en las frágiles democracias contemporáneas. Gibler permite reflexionar acerca de esta relación.

La voz y su escucha

En un su libro *For More than One Voice: Toward a Philosophy of Vocal Expression*, la filósofa italiana Adriana Cavarero invita a pensar en la singularidad del sujeto, no desde su rostro, sino desde la voz. Ella habla de “the embodied singularity of the speaker” (1). La voz, para Cavarero, es única, y hace a la persona que la produce, una entidad reconocible, particular e irrepetible. Al contar los eventos de la

violencia de la noche del 26 de septiembre desde la particularidad de las voces de los sobrevivientes, Gibler apela a lo que llamamos, un tipo de empirismo de la voz, que es la manera particular para comunicar y establecer la verdad de lo que el sujeto ha vivido. No se trata, entonces, de llegar a la verdad como si esta fuera única y correcta. De lo que se trata es de entender la manera de cómo la voz sedimenta y comunica una experiencia vivida. Ahí radica la riqueza y la posibilidad de todo testimonio.

Pero es preciso ir más allá. Al ubicar la singularidad del sujeto en la voz, Cavarero presupone alguien que escucha. Escuchar (a diferencia del mirar), necesariamente presupone una relación con el otro.¹⁸ Eso es lo que prioriza Gibler al *escribir escuchando*. La historia escrita no sería posible sin la interacción del sujeto que habla y aquel que escribe. Cuando le preguntamos la metodología de su trabajo con las víctimas, Gibler respondió, “Cuando empiezan a contar las historias, yo no interrumpo, solo escucho. No hago las preguntas del reportero clásico: ‘pero ¿qué hora era? ¿qué ropa usabas?’ Solo hago silencio y dejo que cada persona hable lo que quiere hablar” (Entrevista, 2020). El escuchar no termina ahí, en su escritura, Gibler mantiene la oralidad de estas historias al hacer que sean esas voces las que narran los eventos. Esto hace que quienes leemos el texto, también ocupemos el lugar de escuchas.

En su ensayo, “The Small Voice of History”, el historiador Ranajit Guha dice que, para entender la silenciada historia de los subalternos, es importante escucharlos, y afirma que, para escuchar al otro, hay que “inclinarse ligeramente”. Esta descripción, que en el texto de Guha parece intrascendente, cobra un sentido distinto a la luz de la propuesta ética de Adriana Cavarero en *Inclinations: A Critique of Rectitude*. Siguiendo la idea de una ética relacional (ya esbozada en su libro sobre la singularidad de la voz), aquí, la italiana propone un modelo ético a partir del análisis de la postura física de un cuerpo inclinado. El objetivo de Cavarero es establecer un contraste con la imagen del *hombre recto*, que es el modelo del pensamiento kantiano, fundamento del sujeto liberal, autónomo, autosuficiente e investido con una superioridad moral. Para Cavarero el cuerpo inclinado, (cuya figura emblemática es la del cuerpo de la madre inclinado sobre su criatura), es el que da cuenta de nuestra constitución subjetiva primordial, que es la de una vulnerabilidad compartida. De ahí, la sugerente imagen de Guha del cuerpo inclinado escuchando al otro, y la idea de Gibler del periodismo como el oficio de escuchar, son ejemplos de esa vulnerabilidad compartida.

Al reconocer ese valor único de la voz, Cavarero también alude al valor político del discurso. Lo que hace político al discurso, dice, no es su significado, su expresión o que comunique algo; la esencia política del discurso es que revela lo único de cada sujeto hablante (*Voices* 189). Lo político en Cavarero tiene el sentido que Hannah Arendt da al término: el de un mundo en común un mundo

¹⁸ La manera en que se habló y se codificó la crónica moderna como una forma de mirar ha sido constante desde sus orígenes a finales del siglo XIX hasta recientemente. Ver, por ejemplo, el libro *Crónica y mirada* de María Angulo. La postura de quien mira, se alinea con la postura descrita por Kant, el hombre recto y moralmente superior y contrasta con la postura doblada del cuerpo de quien escucha.

compartido. De ahí que la atención que la italiana da a la voz es una cuestión ética y política, fundamentos del mundo que se constituye de las *relaciones* entre los sujetos que lo habitan.¹⁹

Al volver al escenario del patio del colegio donde estaban reunidos los activistas, los sobrevivientes, los familiares de las víctimas y periodistas, de donde parte este análisis, resulta más fácil comprender la dimensión ética del trabajo de Gibler. Él mismo nos da las claves para entender su escritura: concebir al periodismo que cubre el sufrimiento de otros como un oficio de la escucha; aprender a habitar en la incertidumbre como única posibilidad de toda búsqueda, y encontrarse con el otro con humildad.²⁰ Estas claves de trabajo escapan las nociones clásicas del periodismo que buscan certeza y fama, aunque sea transitoria, de quien escribe una buena historia. Constituyen también el fundamento de la posición política del periodista ante su oficio así como frente a los hechos y las personas de quien escribe.

Esa actitud abierta al otro hizo que Gibler fuera el primero en escuchar lo que aconteció la noche del 26 de septiembre, en boca de los sobrevivientes; que fuera el primero en hacer público que hubo un quinto autobús, donde quizá estaban los 43 estudiantes desaparecidos; y que la versión escrita a partir de sus entrevistas fuera el fundamento de investigaciones posteriores que retaban la narrativa oficial que daba el Estado. El encuentro entre el cronista y las víctimas es lo que hizo ese relato posible. No puede entenderse de otra manera.

COVID- CODA

Durante la última conversación con Gibler, vía Zoom y en época de pandemia, hablamos de los retos que tuvo para publicar el libro. Antes de empezar a escribirlo, y cuando ya sabía qué forma le daría, habló con algunos editores y les dijo que quería escribir una historia oral. A los editores no les convenció el proyecto, Gibler sabía que ese tipo de libro no vende. Pero eso no lo detuvo. El libro salió con la editorial Pepitas de calabaza, y además está disponible en PDF en el sitio

¹⁹ Arendt también hace una alusión al “nacimiento” como una propuesta ética. Esta alusión la elabora en su libro *The Human Condition*. En este sentido la propuesta de la vulnerabilidad compartida de Cavarero se distancia de la propuesta de Judith Butler, que entiende el origen de la vulnerabilidad compartida en un estado de duelo. Ver *Precarious Lives*.

²⁰ En su libro sobre Andrés Tzompaxtle Texpile, *Torn From The World A Guerrilla's Escape from a Secret Prison in Mexico*, Gibler cuenta la historia de este guerrillero que logró escapar de una prisión en México y echa luz sobre la manera siniestra en la que opera el aparato de terror en el país. El libro es también una reflexión sobre los límites del periodismo y el dilema ético de quien escribe sobre el dolor del otro. En la sección llamada *Silences*, Gibler toma prestada la expresión “negative capability” de John Keats, que se refiere a la posibilidad de escribir desde la incertidumbre, algo que es difícil de concebir en el periodismo clásico. Escribe Gibler: “To be able to live within and navigate through mysteries. Amongst other things, this is a quality that promotes humility...” (*Torn From* 102). Para el periodista, el suyo no es un oficio que descubre verdades, sino un método de escucha. En la sección “Writing and Violence” escribe, “...for me, the vitality of journalism stems from leaving texts behind, for a time, taking to the streets and the country side to *listen* and to converse” (171).

de la editorial argentina Tinta Limón.²¹ También, la editorial City Lights, que ha publicado toda su obra, aceptó el texto para su publicación en inglés.

Gibler ha permanecido en contacto con las familias y los sobrevivientes. Ellos estuvieron presentes en la presentación del libro en la Ciudad de México, y han invitado a Gibler a que hable del libro a los estudiantes de nuevas generaciones de la escuela. Por su cercanía con las familias y los estudiantes sobrevivientes, Gibler me habló de la importancia que tiene para ellos el ir cada mes a la Ciudad de México para reclamar al Estado su falta de acción. Esas marchas han sido una fuente de energía y esperanza, porque son una forma de fortalecer los lazos de esta comunidad herida y de no dejar que se los trague el olvido. El mes de nuestra conversación (junio 2020), sería el primero que las familias no podrían hacer el viaje a la Ciudad de México. Al terminar la conversación, Gibler dijo que, debido a la pandemia, la falta de ese ritual de reclamo por justicia, iba a ser muy duro para todos ellos.

Obras citadas

- Angulo, María. *Crónica y mirada. Aproximaciones al periodismo narrativo*. Libros del K.O, 2014.
- Arendt, Hannah. *The Human Condition*. U Chicago P, 1958.
- Astorga, Luis. *¿Qué querían que hiciera? Inseguridad y delincuencia organizada en el gobierno de Calderón*. Grijalbo, 2015.
- Beverly, John. "The Margin at the Center: On Testimonio (1989)". *The Real Thing: Testimonial Discourse and Latin America*, edited by George M. Gugelberger. Duke UP, 1996, pp. 23-41.
- Berlant, Lauren. *Cruel Optimism*. Duke UP, 2011.
- Bourdieu, Pierre. *The Logic of Practice*. Stanford UP, 1990.
- - -. *Pascalian Meditations*. Stanford UP, 2000.
- Butler, Judith. *Precarious Lives. The Powers of Mourning and Violence*. Verso, 2006.
- Cavarero, Adriana. *For More than One Voice: toward a Philosophy of Vocal Expression*. Stanford UP, 2005.
- - -. *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. Anthropos. UAM, 2007.
- - -. *Inclination. A Critique of Rectitude*. Stanford UP, 2016.

²¹ Tanto Pepitas de calabaza como Tinta Limón, son editoriales alternativas. Así describe Tinta Limón su trabajo: "La tinta limón reclama siempre un trabajo de visibilización: aquel que hace emerger una narrativa política, un tejido de nociones, y un movimiento del pensamiento que crea nuevos lenguajes para nuevas prácticas. Que nombra de un modo que hace arder también las palabras". Ver <https://www.tintalimon.com.ar/editorial/>

Domínguez Galbraith, Pablo. "Estéticas forenses en México: La arquitectura de lo sensible en el caso Ayotzinapa". *Revista Estesis*, no. 6, 2019, pp. 90-107. <https://revistaestesis.edu.co/index.php/revista/article/view/41>.

Gibler, John. Entrevista personal. Marzo del 2015.

- - -. Entrevista personal. Junio del 2019.

- - -. Entrevista personal. Junio del 2020.

- - -. "The Disappeared." *The California Sunday Magazine*, 14 ene. 2015. <https://stories.californiasunday.com/2015-01-04/mexico-the-disappeared-es>.

- - -. "Los desaparecidos". Traducido por Juan Elías Tovar. *The California Sunday Magazine*, 14 de enero, 2015. <https://stories.californiasunday.com/2015-01-04/mexico-the-disappeared-es>.

- - -. *Fue el Estado. Los ataques contra los normalistas de Ayotzinapa. Una historia oral de la infamia*. Pepitas de calabaza, 2016.

- - -. *I Couldn't Even Imagine that They Would Kill Us: An Oral History of the Attacks Against the Students of Ayotzinapa*. City Lights, 2017.

- - -. *Torn from the Work. A Guerrilla's Escape from a Secret Prison in Mexico*. City Lights, 2018.

Guha, Ranajit. *The Small Voice of History: Collected Essays*, edited by Partha Chatterjee. Permanent Black, 2009.

Pacheco Roldán, Adriana, editor. *Para seguir rompiendo con la palabra. Escritoras y escena literaria en México contemporáneo*. Editorial Literal - EON, 2021.

Polit Dueñas, Gabriela. *Unwanted Witnesses. Journalists and Conflict in Contemporary Latin America*. Pittsburgh UP, 2019.

Poniatowska, Elena. *La noche de Tlateloco*. Era, 1972.

Reguillo-Cruz, Rosanna. "The Narco-Machine and the Work of Violence: Notes towards Its Decodification." *Hemispheric Institute*, 2011.

Rivera Garza, Cristina. *Dolerse. Textos de un país herido*. Surplus Ediciones, 2015.

Sklodowska, Elzbieta. "Spanish American Testimonial Novel." *The Real Thing: Testimonial Discourse and Latin America*, edited by George M. Gugelberger. Duke UP, 1996, pp. 84-100.

Summerfield, Derek. "The Social Experience of War." *Rethinking the Trauma of War*, edited by Patric J. Bracken and Celia Petty. Free Association Books, 1998, pp. 9-37.

Trouillot, Michel-Rolph. *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Beacon Press, 1995.

Valencia, Sayak. *Capitalismo gore. Control económico y narcopoder*. Paidós, 2016.

Yúdice, George. "Testimonio and Postmodernism." *The Real Thing: Testimonial Discourse and Latin America*, edited by George M. Gugelberger. Duke UP, 1996, pp. 42-57.